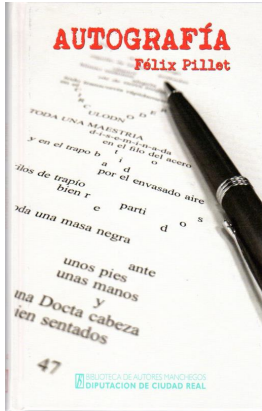


Libros y Nombres de

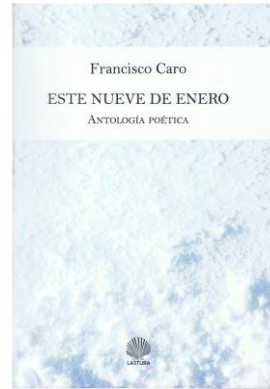
Castilla-La Mancha

384 entrega

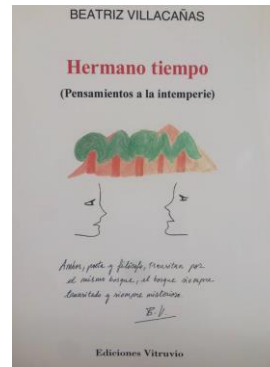
16 de marzo de 2019



Félix Pillet



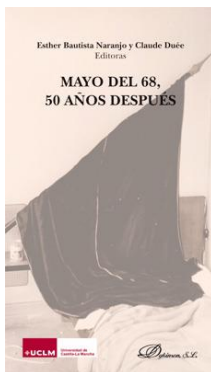
Francisco Caro



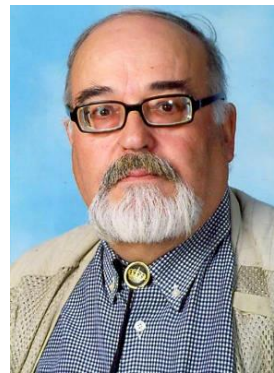
Beatriz Villacañas



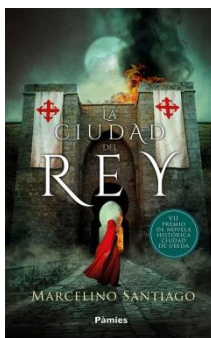
El maquis en la Sierra de Alcaraz



Mayo del 68



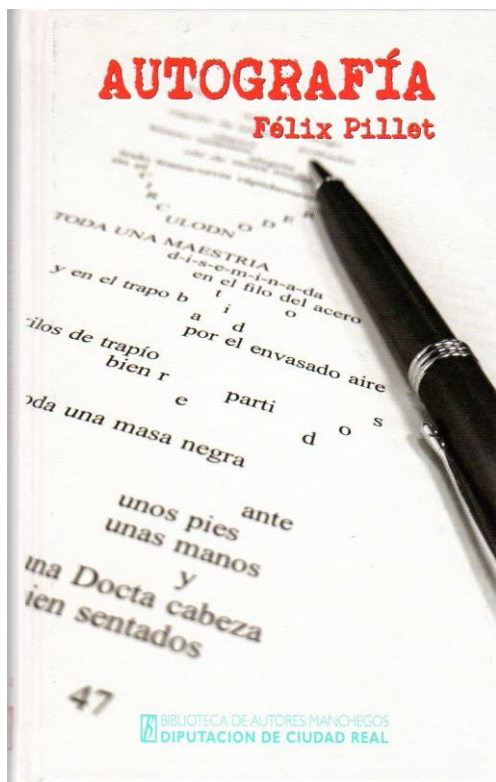
Ángel Ballesteros



Ciudad Real medieval



Francisco García Pavón (1)



Félix Pillet

Autografía

BAM Diputación de Ciudad Real, 2019,
168 págs.

Hay autores que fascinan al tiempo que desconciertan, seducen a la vez que descolocan, convencen pero no acaban de vencer en su batalla contra eso que muchos llaman confusión. Lo mejor del caso es que ni ellos mismos lo saben y mucho menos lo pretenden, quiero decir que escritores de ese perfil practican con total deportividad el mestizaje literario, huyen del encasillamiento y hacen volar por los aires las fronteras. Por supuesto que no comulgan con la ortodoxia de los géneros, ni con el purismo a la hora de enfrentarse al folio en blanco. Escriben y basta; y cuando lo hacen se sitúan muchas veces sobre un cable de acero que cruza de punta a punta la noche, o

frente a un precipicio de cuyo fondo ascienden bellísimos cantos de sirena, o entre los raíles de un tren que no acaba nunca de llegar pero que de un momento a otro pasará (o no) sobre el cuerpo tendido del artista.

Uno de estos autores que se la juega como un especialista de película cada vez que se encierra a escribir es Félix Pillet. Y su primera prueba de riesgo es salirse del canon con un libro de muy difícil catalogación, aun a sabiendas de que los críticos y la inmensa mayoría de lectores no admiten mixturas ni experimentos que ofendan lo establecido, desbaraten lo correcto y atenten contra las buenas maneras. Y las buenas maneras son siempre los compartimentos estancos del reglamento literario que establece sus normas para que nadie se llame a desconcierto. Así lo recordaba el dramaturgo Eugenio Sellés en 1895 durante su discurso de ingreso en la Academia, refiriéndose a que “es género literario la oratoria que prende los espíritus con la palabra y remueve los pueblos con la voz; es género literario la poesía, que aloja la lengua de los ángeles en la boca de los hombres; es género literario la historia, enemiga triunfante de la destrucción y del tiempo, porque hace volver lo que pasó y resucita el alma de las edades muertas; es género literario la novela, que narra lo que nadie ha visto, de suerte que a todos nos parece verlo; es género literario la crítica, que pesa y mide la belleza y tasa el valor y contrasta la verdad y las mentiras artísticas; es género literario la

dramática, que crea de la nada hombres mejores que los vivos y hechos más verosímiles que los reales...”.

Para Eugenio Sellés y la legión de teóricos que en el mundo han sido, las categorías han de ser diáfanas y firmes, doctrinales y claras, pero ¿qué género literario es o pretende ser el que contiene y cultiva este libro titulado *Autografía*? ¿Se trata de una miscelánea en prosa y en verso en la que su autor practica un ajuste de cuentas con su propia memoria? ¿Estamos ante uno de esos tratados sobre el yo, sobre el que fui, el que he sido y el que he venido a ser a lo largo del tiempo? ¿Es un libro de memorias, una autobiografía, un volumen de recuerdos, un compendio de confesiones, una obra de evocaciones y de estampas? ¿Estamos hablando del primer tomo (la primera entrega) de un proyecto memorístico que va y que irá ensartando momentos, recuerdos, poemas, paisajes, espacios, temas, personajes e historias?

Se trata de todo eso y de algo más que el lector irá poniendo en cada grieta, en cada oquedad y en cada pequeño vacío de este relato lírico y humano que tanto tiene de su autor pero que, en buena medida, tanto tiene de nosotros a poco que reparemos en la aventura común que nos propone, en el tiempo que le ha tocado vivir y en la lección intelectual y sentimental que podemos sacar de ello. En este sentido, el lector que se adentra en el libro con paso inseguro pronto descubre que la historia que evoca y que desanda Pillet

no nos es del todo ajena. Dividida en cinco partes –La poesía y los poetas: tiempos para leer y escribir; La mujer: las relaciones extraviadas y el último amor; La España cainita: del *Guernica* a la actualidad; La progenie y los testigos de una vida; y La ecúmene: viajes, paisajes y geografía–, la obra desmenuza, como un pan reñido, los recuerdos y los temas que han dado sentido a seis décadas de vida: los libros leídos, los compañeros de viaje, las fases del amor, los vientos políticos, la pintura y los versos, los centros de enseñanza, los testigos del tiempo, el compromiso, las confidencias, los aires sociales, los paisajes sin fronteras, la geografía del hombre, la longitud de lo cercano, la huella de tres ciudades... Y todo ello servido con una prosa limpia, de una enorme capacidad de evocación, y con poemas (fruto de tres poemarios anteriores) que derraman luz sobre la materia recordada, sobre la voz de la memoria.

Lo cierto es que Félix Pillet, alicantino de cuna y manchego de acción, autor de más de un centenar de investigaciones geográficas, ha regresado con este libro de muy difícil clasificación al lugar que más acomodo le brinda y más calor le dispensa: la literatura como forma de estar y de ser, como espacio de la memoria, como único modo posible para reconstruir el yo, su tiempo y su escurridiza verdad. Y en esto no hay confusión ni dislate, desconcierto o turbiedad: literatura en estado puro y nada más.

JOSÉ LUIS FERRIS, PRÓLOGO DEL LIBRO
Alicante, 2019



Foto de la portada del libro ‘

**Aurelio Pretel Marín y Manuel
Fernández de Sevilla**

**Maquis y la resistencia en la Sierra
de Alcaraz y Campo de Montiel**

Edita Asociación Cultural Alcaraz Siglo
XXI

Poco se conoce de la resistencia guerrillera, de los maquis, que durante un breve periodo de tiempo, trataron de combatir el franquismo desde la Sierra del Segura y los Campos de Montiel, de la vecina provincia de Ciudad Real.

Corría el año 1946, casi ocho años después de que terminase la Guerra Civil Española, cuando nace la guerrilla en la Sierra de Alcaraz. “Se dieron muchas circunstancias”, explica Aurelio Petrel, coautor del libro ‘Maquis y la resistencia en la Sierra de Alcaraz y Campo de Montiel’, junto a Manuel Fernández de Sevilla, donde detalla que fue entonces cuando el Partido Comunista se integra en la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. “Eso produjo, en la provincia, que mucha

gente que no tenía ninguna simpatía por los comunistas, se apuntara también y se crearan los comités de resistencia en distintos pueblos”.

Ello sumado a la idea de que el final de Franco estaba cerca, impulsó el nacimiento de una resistencia que si bien fue breve, tuvo una “perfecta organización” y donde se dio la paradoja que personas con diferentes creencias y filiaciones políticas que entonces eran contrarias, se unieron para combatir al franquismo. “Es la primera vez desde que acaba la Guerra Civil, en que colaboran juntos, en las mismas guerrillas, los comunistas y anarquistas, socialistas y hasta burgueses”, dice Petrel. Pero finalmente su unión se tradujo en “una empresa utópica que les salió bastante mal”.

Esta guerrilla contaba con el apoyo de los vecinos de los pueblos en los que estaban. “Había pueblos como El Salobre donde llegó a haber dos o tres partidas de maquis en distintas casas del pueblo, sobretudo en invierno”, cuenta el autor. Y es que la ayuda era determinante para que pudieran sobrevivir a las duras condiciones de la sierra. Tanto es así que “de diciembre del 46 a febrero del 47 fue un invierno muy duro con mucha nieve y los maquis se refugiaban en las casas”. Hasta siete u ocho contabiliza Petrel, donde estos miembros de la resistencia se guarecían en una “perfecta red de bases establecida en el entorno del río Jardín”.

Desde el norte hasta el sur

La 5ª Agrupación guerrillera proviene de la VI Agrupación que se ubicaba en pueblos del norte de la provincia de Albacete, el sur de Cuenca y el este de Ciudad Real. A partir de mediados del año 1946 esa agrupación baja a ocupar un espacio nuevo que para muchos de ellos era desconocido como la Sierra del Herrumblar, el Campo de Montiel, Reolid, Alcaraz, El Salobre, es decir, en el sur de la provincia.

Pero ésta llegó a ser una agrupación importante. “Fue bastante activa, aunque por un periodo muy breve y estuvo en relación con la 1ª y la 2ª agrupación que actuaban en Madrid, Ciudad Real y Extremadura. Y más tarde con la agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, la más importante de España y desde donde se suministró guerrilleros y armamento a la sierra albaceteña”, añade Petrel.

Su andadura duraría pocos meses. “Se les dio caza”, explica el coautor del libro y vecino de El Salobre que asegura que al maquis “se le puede dar por extinguido en el año 1947” en esta zona. Fue entonces cuando el asesinato de supuestos “chivatos”, que acarrió una enorme represión, la caída y confesión de la mujer de Paco ‘el Valenciano’, un antiguo anarquista que vivía en El Salobre y que ejerció de coordinador de los diferentes grupos que actuaban en la Sierra de Alcaraz, y de otros guerrilleros y enlaces detenidos, provocaron el fin de la guerrilla y de quienes la habían

apoyado. Algunos escaparon a Madrid o Valencia, donde algunos serán alcanzados y muertos; otros caerán a tiros.

La última guerrilla, refugiada en los montes de la Puebla del Príncipe y Torre de Juan Abad, en la Huerta Porrina, fue detenida a finales de agosto. Otros guerrilleros fueron perseguidos y se les ejecutó. “Otros fueron muertos sin juicio ninguno”, añade Petrel.

Una historia poco conocida

“La mayor parte de los libros que tratan el tema del maquis, Albacete ni lo tocan”, dice el autor del libro. La historia se ha encargado de borrarlos del mapa de la memoria histórica en la provincia, a lo que ha contribuido la falta de documentación. Los archivos de la Guardia Civil contabilizan alrededor de unos 550 enlaces detenidos en la provincia y en las dos provincias vecinas. “Yo creo que la cifra puede ser buena pero le falta bastante porque hubo detenidos que no tuvieron un juicio y que ni tan siquiera consten en los registros de detención”.

Y es que esos enlaces son los amigos, colaboradores, familiares,..., que colaboraron con la guerrilla y que fueron detenidos oficialmente. “En cuanto a los maquis, estamos hablando de una fuerza de unos 50 hombres de los que murieron unos 30 y el resto desaparecieron”. Aquí tampoco las cifras son exactas “porque muchos de los que estaban en el maquis

desaparecieron. y muchos no sabemos ni quienes eran”.

Lourdes Cifuentes; eldiarioclm.es;
3-3-19



Mayo del 68, 50 años después
Editoras: Esther Bautista Naranjo
y Claude Duée
ISBN: 978-84-914893-8-2

- Editorial Dykinson y UCLM, 2019
- 292 pags.; 20 €

Los hechos históricos englobados bajo la denominación de «acontecimientos de Mayo del 68» supusieron un punto de inflexión en la historia contemporánea no sólo de Francia, sino de otros países allende los mares. La efeméride de su 50 aniversario, este año 2018, nos brinda la ocasión de recordar estos episodios desde el punto de vista histórico, ideológico,

artístico y social, a la vez que nos permitirá evaluar su pervivencia en la memoria colectiva y su influencia en la configuración de las sociedades en las que hoy vivimos. Estos movimientos de revuelta popular, originados el 22 de marzo en la Universidad de Nanterre y desarrollados en diversos lugares de Francia entre el 3 y el 30 de mayo de 1968, aglutinaron revueltas estudiantiles y huelgas masivas (con el episodio central de la huelga general e indefinida del 17 de mayo) que dieron expresión a un sentimiento generalizado de desencanto respecto a una sociedad que se había quedado anclada en el pasado.

...

Mediante este libro deseamos poner a disposición del público en general, pero también del experto y erudito, una visión plural y abierta de estos acontecimientos que nos ayude a entender mejor nuestra sociedad actual. En estas páginas podrá el lector sumergirse en la historia, la literatura, la civilización y la cultura que definen un movimiento del que aún somos deudores.

Esther Bautista Naranjo es autora además de:

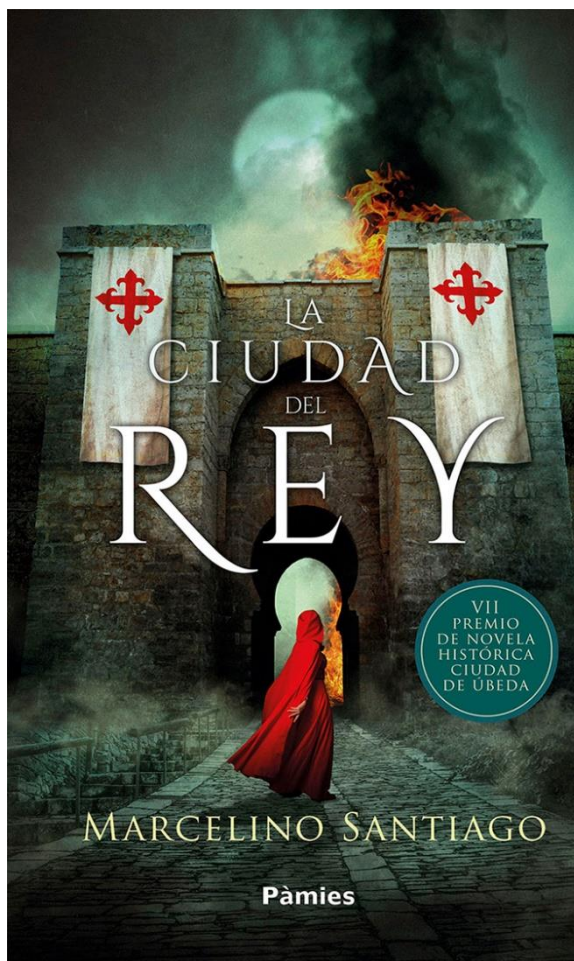
Un americano en La Mancha tras las huellas de Don Quijote

Centro de Estudios de CLM/ UCLM

La recepción y reescritura del mito de Don Quijote en Inglaterra;

Ed. Dykinson

[Web de Marcial Pons](#)



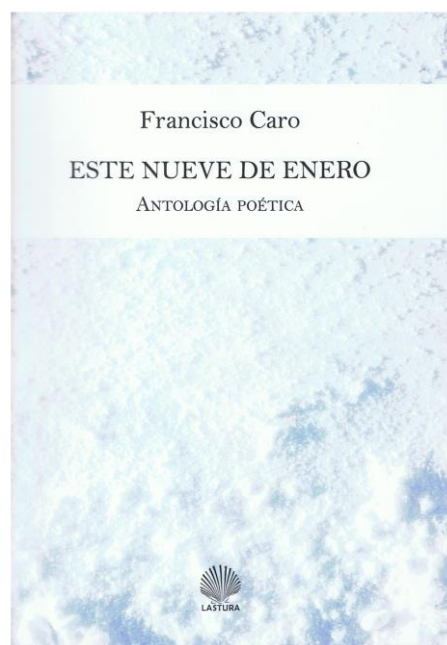
- Marcelino Santiago
- La ciudad del rey
-
- **ISBN:** 978-84-176830-6-1
- Ediciones Pàmies
- **Fecha de la edición:** 2019
- **Lugar de la edición:** Madrid. España
- 446 pags.; 22 €

El 6 de octubre de 1474 un violento ataque a la comunidad de judíos conversos de Ciudad Real precipita que el arzobispo de Toledo, don Alonso de Carrillo y Acuña, envíe a la ciudad al licenciado Tomás de Cuenca, con atribuciones de juez delegado inquisidor. Mientras este investiga una posible herejía de los principales

ciudadanos conversos, descubre, junto con el joven Hernán Pérez del Pulgar (años más tarde, héroe de la conquista de Granada), el intento de don Rodrigo Téllez Girón, poderoso maestro de la Orden de Calatrava, de apoderarse de la ciudad, como parte de una conspiración que podría cambiar el destino de Castilla.

Los acontecimientos que se desencadenarán tras la muerte del rey Enrique IV, en medio de la guerra de sucesión al trono entre Juana de Castilla e Isabel de Trastámara, cambiarán para siempre la percepción del pragmático inquisidor sobre las relaciones de poder, la religión y las mujeres.

[Web de Marcial Pons](#)



FRANCISCO CARO

ESTE NUEVE DE ENERO - Antología
Poética

Editorial Lastura, Ocaña 2019, 174
páginas

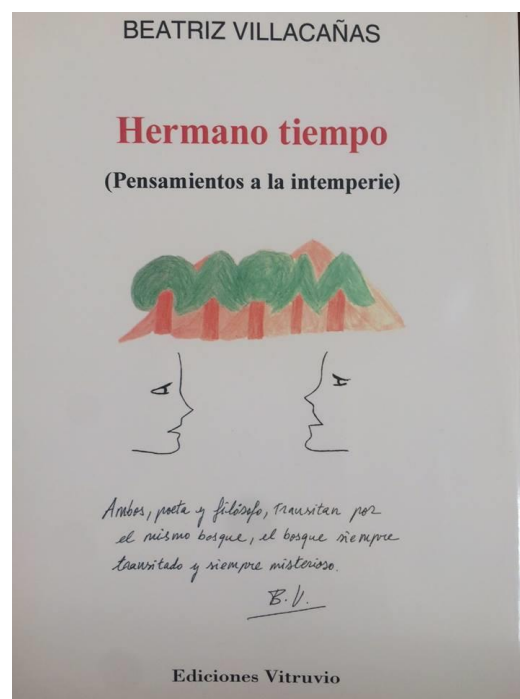
Toda antología es mutilación y plenilunio al mismo tiempo. Nos priva de buena parte de esos dedos que en el fluir de la edad nos construyeron un alma y a la vez nos muestra esa luz esencial donde está todo lo que fuimos, somos y seremos. Esta de nuestro maestro y amigo Francisco Caro ha sido escogida por la mirada y la escucha de los también excelentes poetas: Davina Pazos, Francisco García Marquina, José Luis Morales, Manuel Cortijo, Pedro Antonio González Moreno y Rafael Soler.

Francisco Caro es un poeta de una trayectoria, tardía en su inicio, pero justamente reconocida por sus lectores y valorada con importantes premios de poesía. Desde "Salvo de ti" hasta "El oficio del hombre que respira", pasando por "Cuaderno de Boccaccio" libro central y para mí, el más sobresaliente de los suyos, todos ellos están suficientemente representados en este hermoso volumen excelentemente editado por Lastura.

De bastante de sus libros he dejado ya, en este espacio, noticia y reseña, y poco más podría añadir sin cansaros y distraeros de lo realmente importante, que es la relectura y nuevo disfrute de sus poemas. Solamente recordar que la poesía de Francisco Caro acostumbra a ser esencial, dice mucho con poco y está más en lo que sugiere, en esa magia que contribuye a rehacer también el lector en cada mirada atenta y detenida, acariciadora del

silencio, sobria, concisa, alimentada de una intuición capaz de rastrear en lo profundo del alma humana, y con una arquitectura de firme y personal construcción en cada uno de sus poemas. Su oficio de auténtico poeta se ha forjado y pulido a través de años de intensas y meditadas lecturas lo que le ha dado ese sabio equilibrio que siempre muestra entre tradición y modernidad.

Jesús Aparicio



Beatriz Villacañas

Hermano tiempo (Pensamientos a
la intemperie)

Eds. Vitruvio, 2019

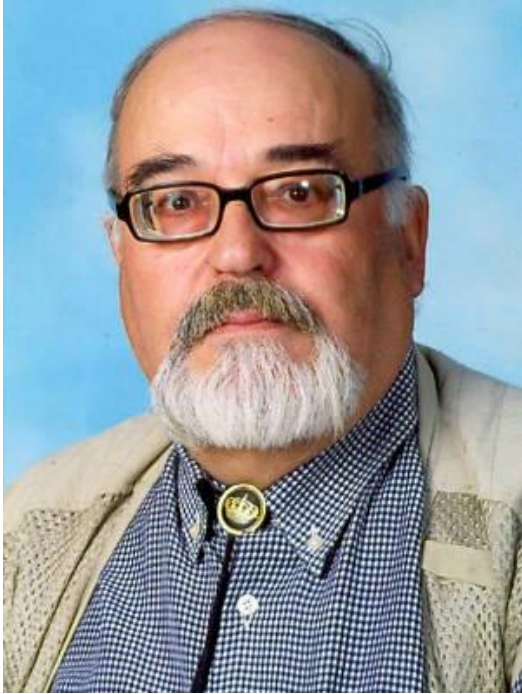
Joyas de la cultura española

Quiero darles razón de los tres últimos libros que he leído. Son magníficos. Extraordinarios. Son para releer. Uno es una meditación, es decir, una filosofía para llevar la existencia con dignidad. El segundo es una lectura tierna, cariñosa y auténtica para aquí y ahora de nuestro gran Baroja. Y el tercero es una irónica novela sobre la mortecina situación de la universidad española. No son libros gruesos y mazorrales. Son breves y llenos de poesía, vida y pasión por la verdad. Las tres obras son un poco de aire fresco para una cultura, como es la española, demasiado encorsetada por las academias de los lugares comunes y la pedantería.

El primero es de **Beatriz Villacañas**, extraordinaria poetisa, que no ha dejado jamás de pensar uno solo de sus versos. Se trata de un libro de escolios magistrales. Son pensamientos a la intemperie, o sea, al descubierto, al aire libre. Villacañas no quiere paraguas de nadie que no sean los que ella misma exhibe a través de sus palabras. Sus aforismos, pensamientos o meditaciones están compuestos por

una trama de palabras que, lejos de marcarnos un método, un sistema o una teoría, nos liberan de las camisas de fuerza de cualquier "académica" sabiduría. Todos los escolios exhalan una filosofía en su grado mínimo de abstracción. Ahí reside su grandeza y su verdad. Todos los escolios son puramente poéticos. Reales. Surgidos de un permanente diálogo entre la poesía y la filosofía, es decir, de la discusión amorosa a veces, y endiablada otras, entre la escritora y su conciencia, entre la poetisa y su entorno civil. La apertura del libro es brillante: "La dimensión exacta del amor está en su desmesura". Tampoco el final deja de ser verdadero por su inoportunidad para una época de cobardes: "El gran vacío lo superarán, como lo han superado siempre, quienes encuentran en sí mismos la perenne fuerza de la resistencia frente a su época, quienes saben con intuición certera que tienen espíritu, y un espíritu tan lleno de amor como implacable." (... ..)

Agapito Maestro en Libertad digital
6-3-2019



Ángel Ballesteros Gallardo.
Cronología de la Virgen del Prado
(Noticias y documentos del siglo
XIII al XX).

Edita Organismo Autónomo de
Cultura de Talavera. 2019. Dos
tomos; 854 páginas.

El amigo **Ángel Ballesteros Gallardo** acaba de dar a la imprenta una de esas obras a las que ha dedicado media vida de archivos e investigación. Desde su llegada a Talavera en los primeros años setenta del siglo pasado, uno de sus temas de investigación favoritos fue la Ermita, hoy Basílica de la Virgen del Prado, patrona de la ciudad. En estos días, ya muy cercano a los ochenta años, culmina su camino con esta Cronología de la Virgen del Prado que a

buen seguro será fuente y guía para muchos investigadores.

Ángel Ballesteros ha sido un investigador generoso en las múltiples actividades que han llenado su vida y especialmente lo ha sido con todo aquel, como es mi caso, que se han acercado a la historia de Talavera. Esa generosidad ha sido siempre de ida y vuelta y el lector que se acerque a estas noticias y documentos relacionados con la Virgen del Prado y su basílica se dará cuenta de cómo ha tenido la paciencia y la constancia de recoger de unos y de otros cualquier documento, por pequeño e insignificante que sea, relacionado con el tema. Pero, además de todo lo conocido, la aportación original a ese corpus documental del profesor **Ballesteros** es muy grande, ya que no ha quedado prácticamente nada fuera de la obra que hoy sale a la luz. Además del estricto trabajo histórico, aparece aquí de una manera clara el amor y el cariño del devoto y del creyente. La obra, comenzada en colaboración con el que fuera rector de la basílica, don **Manuel Sainz-Pardo**, es el testimonio de fe de un creyente que siempre tuvo muy presente lo que representa la Virgen del Prado para los talaveranos. Desde esa doble visión nos deja una obra que será utilizada y leída por historiadores, curiosos y devotos durante muchos años.

En Historia es fundamental contar con archivos, documentos y libros que

faciliten el acceso a los originales. No todo el mundo puede acceder a los documentos originales y libros como este facilitan esa labor para aquellos que o bien no tienen tiempo para ello o no tienen los conocimientos adecuados para su lectura. Desde el profesional al profano, tiene aquí una buena fuente de la que partir en futuras investigaciones o simplemente saciar su curiosidad. Todos los documentos están descritos y transcritos y al alcance de cualquiera. Como el subtítulo indica, los dos tomos, cuidadosamente editados, que suman casi novecientas páginas, contienen noticias y documentos relacionados con la Virgen del Prado entre los siglos XIII al XX, pertenecientes a muy diversos archivos y fuentes, además de la total descripción documental del Archivo Histórico de la basílica y la reproducción de una colección de estampas recordatorias desde 1886 a 1996. Dos apartados especiales están dedicados al nombramiento de la Virgen del Prado como Alcaldesa de Honor y los festejos de la Coronación de 1957.

En definitiva, una obra que justifica toda una vida dedicada al tema y que no dejará de dar nuevos frutos durante muchos años. Don **Ángel** ha visto cumplido uno de sus viejos sueños y todos se lo agradecemos. Enhorabuena, amigo.

**Pedro Antonio López Gayarre; en el digital
CLM; 9-3-2019**



Francisco

García Pavón

Los misterios de la memoria

Francisco García Pavón en su centenario (1ª entrega)

El éxito de las novelas de Plinio, después convertidas en una irregular serie televisiva, ha eclipsado casi por completo el resto de la obra de Francisco García Pavón. Por eso, en este año de 2019, centenario de su nacimiento, tal vez convenga recordar que antes de las novelas, y luego de manera paralela a estas, el escritor de Tomelloso fue dando a la imprenta sucesivas colecciones de cuentos, algunos de los cuales se encuentran entre los más sobresalientes de la segunda mitad del siglo XX. Cuatro de estas colecciones, *Cuentos de mamá* (1952 y 1972), *Cuentos republicanos* (1961), *Los liberales* (1965) y *Los nacionales* (1977), constituyen un peculiar relato de infancia y juventud, hecho de fragmentos o viñetas, en los que el autor evoca aquel periodo de

su vida sin apenas orden cronológico, mediante diferentes tratamientos ficticios.

A este ciclo pondría colofón en 1976 el libro de título quevediano, *Ya no es ayer*, en el que Pavón vuelve a los argumentos de los cuentos, para redondear y ordenar lo que había quedado sugerido allí. *Ya no es ayer* son, en realidad, las memorias de un niño observador, de un narrador testigo, incrédulo del conocimiento de sí mismo, cuya identidad nace sobre todo de la relación con los otros y de sus circunstancias:

Somos oscuros inquilinos de nuestro cuerpo, apenas conocemos la fachada y apenas la vivienda interior, en cuyas habitaciones interiores perduramos. Qué ajenos que nos somos. Nadie tan inquilino de una mansión que ignora. Ignoramos de nosotros lo que saben los otros. Sabemos lo que nadie sabe.

Estas memorias permiten leer en clave biográfica toda su obra, pues a partir de los datos que esta provee es posible delimitar un “espacio autobiográfico” en la literatura de García Pavón. En algunas ocasiones esta función la cumple explícitamente: “Ya conté en otras historias -se refiere a *Los liberales*- nuestra salida del pueblo en aquella mañana encendida” (*Ya no es ayer*). En general las memorias permiten reconocer de manera tácita las confluencias y coincidencias entre estas y los cuentos, que delatan muchas veces su disimulado contenido personal. Por tanto, *Ya no es ayer*, aparte de sus propios valores literarios, sirve para confirmar la importancia que tiene lo autobiográfico en la obra de Pavón, por más que cultivase un autobiografismo escéptico y extrañado. Como el autor manchego señaló en la reedición de su primera novela, *Cerca de Oviedo* (1971), veinticinco años después de la primera edición de 1946: “... nuestra vida pasada, si en determinado momento tuviésemos ocasión de volverla ‘a ver’, nos

resultaría tan sorpresiva como la del ajeno”.

Una vida, dos historias

Después de haber recogido de manera impresionista su infancia en los cuentos, y cuando ya casi se le escapaban los recuerdos por el agujero negro del olvido, Pavón quiso recuperarlos y les dio orden cronológico en sus memorias. En definitiva, hizo con su vida, dos historias de moldes narrativos diferentes. En este doble ejercicio Pavón realiza un cuestionamiento de la capacidad de la escritura para dar cuenta del pasado, similar al que, como veremos más abajo, dibuja de la memoria y de su fidelidad con respecto a los hechos narrados. Según esto, la forma del relato no puede ser neutra ni transparente, porque el modo y la perspectiva, que la narración impone a los hechos, condicionan el resultado. La escritura inventa en cierto modo el pasado, le da una causalidad o una relevancia que no tuvo en realidad, como tampoco podría comprobarse en el curso del vivir. Los recuerdos no están ordenados en la memoria ni guardados en ningún cofre o caja fuerte que los mantenga a salvo de las inclemencias físicas y del paso del tiempo; al contrario, no están en ningún sitio ni a salvo hasta que son escritos. Es en el relato donde los hechos recordados se definen y se fijan. A partir de ese momento, los recuerdos informes e imprecisos toman la forma de lo escrito.

Pavón ha contado su vida, quizá sin proponérselo, con dos intensidades y maneras distintas. En los cuentos de un modo fragmentario, sin cronología ni explicación causal, en el que predomina cierto lirismo que, sin inventar o tachar los hechos biográficos, se permite licencias, como la figura de una voz narrativa infantil. En *Ya no es ayer*, en cambio, se acoge a la narrativa retrospectiva propia del género, comandada por la voz de la experiencia adulta, indagando en las lagunas y en las fracturas de la memoria. De este modo,

intenta encontrar una explicación más rigurosa y veraz de su vida, una veracidad más realista que, sin embargo, no prescinde de la interpretación subjetiva.

Un buen ejemplo de esta manera distinta de hacer se manifiesta cuando rememora la muerte de la madre. En las memorias, Pavón no se refiere a dicha muerte, porque, en el tiempo biográfico que abarcan, no había ocurrido todavía. Muestra a la madre delicada de salud, pero guarda un respeto riguroso a la cronología que le impide referirse al hecho de su muerte, acaecido en realidad cuando el autor tenía ya treinta años, en 1949. En cambio en "Trilogía", el primero de *Cuentos de mamá* (1952), relata pormenorizadamente esta muerte, pero lo hace desde la óptica y la lógica infantil. Este relato inventa la muerte de la madre, cuando el narrador es aún un niño de pocos años, es decir, cuando no había sucedido en realidad. El propio autor aclara el sentido de esta licencia biográfica en el preámbulo de *Cuentos de mamá*, que incluyó en la reedición de 1972: "...al hablar de su muerte [la de su madre] no la cuento de la manera que realmente ocurrió, sino como la imaginé, lleno de miedos y aprehensiones, durante su larga enfermedad que comenzó con mi vida misma".

La madre de Pavón había enfermado del corazón gravemente a raíz de su nacimiento, y él, de niño, la veía siempre enferma, en cama frecuentemente o guardando reposo. Su infancia, por tanto, transcurrió bajo el temor de que en cualquier momento pudiese morir. Fue un temor realmente infundado si nos atenemos a los treinta años más que viviría después. Cuando murió, el escritor, impresionado por el hecho luctuoso, evocó la muerte desde la imaginación del niño que durante su infancia estuvo temiendo que sucediera. El cuento narra, pues, el final de una pesadilla infantil, el temor, finalmente cumplido, a que su madre pudiese morir en cualquier momento.

Escribir un relato de infancia es reconstruir un edificio derrumbado con unos pocos materiales dispersos y ruinas desordenadas. Hay algunos elementos reconocibles, piedras fuera de sitio o ladrillos sueltos, a los que el narrador se esfuerza por dar sentido. Escribirlo consiste en volver a construir el edificio, para que las piezas del resultado encajen y parezcan auténticas. El narrador es un adulto que escribe lo que vivió y pensó el niño. Es decir, imita la ingenuidad del discurso infantil. Algunos de los cuentos, sobre todo los que componen *Cuentos de mamá* y *Cuentos republicanos* fingen esa falsa ingenuidad con éxito, sin que su carácter artificioso les haga mella. El narrador adopta la mirada ingenua del niño; la voz de dicho narrador, al no poder ni querer esconder su carácter adulto, resulta irónica y humorística. Al utilizar las elipsis y las perífrasis infantiles que regatean los términos adultos hacen reír, porque inevitablemente se entiende todo, y el humorismo y la ironía subrayan el desvío lingüístico.

Ya no es ayer abarca desde 1919, fecha de su nacimiento en Tomelloso, hasta el estallido de la guerra civil en julio de 1936. Este mismo abanico temporal de 17 años es el que Pavón había desplegado ya en los cuentos que componen los libros de *Cuentos de mamá*, *Cuentos republicanos* y *Los liberales*, que tal como se deduce de los títulos apuntan al contexto histórico de España en los años que preceden a la segunda República, la proclamación de la misma y su ocaso al declararse la Guerra Civil en 1936. Estos hechos están focalizados en la familia de García Pavón, en los amigos y conocidos del pueblo. La serie de los cuentos tiene un estrambote de 1977, *Los nacionales*, que, como su título indica, cuenta los primeros momentos de la posguerra de 1939, que por otra parte no aparecía apenas en *Ya no es ayer*. En esta última colección, el pueblo y las costumbres retornan al orden anterior a la proclamación de la República, después de haber sido aplastadas las esperanzas que había despertado su advenimiento. Es

justo en ese momento en el que perdemos de vista al joven Paquito, que inicia el camino de la madurez poniendo rumbo a Madrid.

Por tanto, ambas series, cuentos y memorias, tienen en común la misma materia, numerosas coincidencias en temas, hechos y personajes, con algunas variaciones, como la ya comentada de la muerte de la madre. En los cuentos recupera sobre todo instantes retenidos fugazmente por la memoria, pero activos todavía en el tiempo de la narración. Son recuerdos fragmentarios, briznas de la memoria, migajas desprendidas de hechos más grandes de lo que se trata de recuperar, y en los que se infiltra a veces la ficción, como ocurre en “La muchacha de casa” (*Cuentos de Mamá*). Más analítico y explicativo es el discurso memorialístico de *Ya no es ayer*. Aquí cambian la persona narrativa y el foco: predomina la voz de un adulto distanciado, que indaga en el pasado y lo filtra con los rescoldos de la memoria, sin poder evitar el tono nostálgico, pues los contempla desde la atalaya del umbral de la vejez.

En los cuentos es la voz y la mirada del niño las que comandan el relato. Es inevitable que su discurso resulte en ocasiones impostado, pero nos seduce con su simulacro de inocencia y espontaneidad, en el que la verdad del pasado recordado pesa todavía. En *Ya no es ayer* se celebra la busca del tiempo perdido, ese resto que se va depositando lánguidamente en los recuerdos y olvidos de la memoria:

Que así se borran las presencias de la vida, sin otro resto que pedestales sin estatuas, un fingido dormir tras las gafas, la luz de la bizqueza que nunca viste... Hasta nuestro *yo de antes* se queda tan vagoroso como la figura del abuelo Damián con el reloj colgando cuando le dio el ataque... [...]. Que todo pasa llevándose bultos y sonidos, y solo deja atisbos de una cara con sol...

No hay nostalgia ni añoranza, sino la comprobación de la vibración que quedó pegada al recuerdo, todo lo demás se pierde porque tiene que pasar, como es de ley.

“La recordativa es muy caprichosa”

La preocupación por el funcionamiento de la memoria y el modo que tiene esta de registrar el pasado ya estaban en las novelas, y de vez en cuando sus personajes reflexionaban sobre este asunto. Es don Lotario, el veterinario, ayudante de Plinio en las labores detectivescas, el que sentencia que “la recordativa es muy caprichosa” (*El último sábado*); es decir, la memoria no es segura ni fiable. En las reflexiones de los personajes de la serie de Plinio y en las apostillas del narrador, el papel de la memoria trasciende la anécdota episódica de los sucesos criminales para convertirse en argumentos que intentan explicar la humana complejidad.

El comienzo de *Ya no es ayer* es una demostración de lo que don Lotario sostiene. La imposibilidad de recordar la forma de unas estatuas, que adornaban el portal de la casa familiar, al fin y al cabo un detalle nimio e insignificante, que no tendría por qué preocuparle, se convierte en un motivo obsesivo para recuperar con precisión azoriniana lo que no se consigue recordar ni parece importante. Pavón da vueltas para intentar llevar al texto lo que vio de niño tantas veces sin prestarle atención. Conjetura, compara, trae recuerdos y reliquias del pasado en los que las estatuas estuvieron presentes, pero no salta la chispa que ilumine el olvido. El lector sigue las elucubraciones del autobiógrafo, pero nada importante sale de tanto esfuerzo recordatorio. En medio

de la inanidad de la memoria, salta el detalle salaz y pícaro que nos redime de tránsito tan penoso y desértico: “Pienso ahora, que si hubieran sido de Venus Afrodita con los pechos en cueros y saltantes, se me habrían quedado en el aprehensor de curvas eróticas que todos tenemos desde las primeras mamadas...”

Es un aviso de caminantes, una advertencia a la paciencia de los lectores. No hay que tener prisa ni esperar de Pavón confesiones inmediatas ni temas escandalosos. Todo llega al final, pero por vías imprevistas y de manera caprichosa, pues como se lee poco después: “Uno puede olvidar lo que vio tantas veces, y recordar lo que nunca miró”. El misterio de la memoria es el gran asunto de estos recuerdos y olvidos, con que Pavón escribe su autobiografía, pues su principal premisa es que la memoria es selectiva, motivada e interesada por los asuntos que producen emoción en las entretelas del alma. Lo demás no merece la pena ser recordado. Los recuerdos familiares más recordados, recuerdos de recuerdos por tanto, forman un relato enhebrado y desenhebrado tantas veces, con instantáneas de fotos, cuentos y leyendas: “Con la misma fijeza tengo grabada otra cosa que nunca vi, o sea el revolver secreto del abuelo Damián” (*Ya no es ayer*). En fin, se recuerdan palabras y no siempre hechos, se graba lo que nunca se ha visto ni se pudo ver ni siquiera ocurrió: las estatuas de los pechos turgentes que solo estuvieron en la imaginación del niño. Otras veces son los hechos y los familiares que no se conocieron, los que acuden a la llamada de la memoria.

Son a veces impresiones furtivas y dolorosas de hechos borrados, heridas a medio curar, sobre todo si los recuerdos arrastran todavía pérdidas y estigmas. Por ejemplo, la herencia que el abuelo no supo arrodrigonar, y que llevó a la quiebra la bodega de la familia, será siempre una cicatriz sensible: “...y yo, sabedor de lo que aquellas tapias significaban para la rubia y vieja genealogía de los Pavones, sentía al

acercarme allí mucha tristeza”. Por ello, al dolor y al pasado hay que volver con cautela, y aunque la autobiografía de Pavón no rehúye conflictos ni tapa vergüenzas, está presidida por la amabilidad del recuerdo.

La divulgación del psicoanálisis freudiano vino a poner bajo sospecha los recuerdos de infancia y de modo particular las versiones idealizadas de esta. A diferencia de los recuerdos adultos, basados en hechos vividos en primera persona y de los que se tiene experiencia directa y próxima, los recuerdos de infancia y el relato que de ellos se realiza son forzosamente discontinuos, lo que no impide que sean muchas veces de mayor viveza que los recuerdos más ciertos y articulados. Es esa intensidad la que les imprime apariencia de veracidad, aunque los hechos de los que proceden no puedan ser contrastados. Muchos están basados en referencias o evocaciones heredadas, tan distantes de los hechos, que resulta imposible restituirlos con total veracidad. Constituyen en su mayoría relatos agujereados por la duda o amenazados por la falsificación. En muchas ocasiones, procedentes de los mismos hechos, conviven en la memoria recuerdos distintos y hasta enfrentados. El resto, una parte menor, de nuestra propia experiencia infantil son instantáneas o jirones de la memoria que esta ha guardado milagrosamente y casi siempre de manera descontextualizada.

Sin embargo, a pesar de la escasa fiabilidad o veracidad improbable, los recuerdos de infancia y su consiguiente relato gozan de buena salud. Aunque se sepa que el relato de infancia no podrá ser casi nunca legitimado, se ha perpetuado y justificado, porque su función es dotar de un pilar sólido a los orígenes del autobiógrafo. García Pavón destaca en la suya suficientes elementos positivos para que los elementos realistas, que no se ocultan ni se edulcoran, no nos den de la suya una imagen catastrofista, como abunda en los actuales relatos de infancia, llenos de

maltratos, abandonos e incluso abusos sexuales. No es la de Pavón una infancia feliz ni tampoco desgraciada, ni idealizada ni tenebrosa, sabe guardar el punto medio, para preservar en ella lo que tuvo de satisfactoria: “La mejor aventura es esa de los años chicos, la aventura de descubrir la vida. Cuando averiguas por qué existe el ombligo. Que te gusta el pompis de las chicas...” (*Ya no es ayer*). Después, viene a decir, los hombres se vuelven muy raros. “Que de pronto se ponen muy serios al hablar de política y dinero, que le dan una importancia incomprensible al alcalde saliente”. Este sentimiento de pérdida de la plenitud de la infancia, cuando es desplazada por los intereses espurios del adulto, es la que justifica la mirada retrospectiva, que alientan las memorias y los cuentos autobiográficos de Pavón.

Por tanto, y a pesar de la espesa capa de sospecha que se cernió sobre los recuerdos infantiles después de Freud, esto no ha impedido que se sigan escribiendo relatos de infancia, pues como nos avisó Rilke, cuando el hombre quiere comprender o explicar su origen no tiene por menos que visitar su propia infancia. Nuestra identidad se basa sobre esta base tan incierta de los recuerdos infantiles, porque sin la fe o la creencia en la infancia, la identidad personal se desmorona o se tambalea.

Pavón comenzó a visitar la infancia a la edad de treinta años, cuando murió la madre, porque necesitaba reafirmar los orígenes personales para poder escribir *Cuentos de mamá*. A pesar de los pesares y del margen que la moderna concepción de la infancia deja a la incertidumbre, el periodo infantil sigue siendo un pilar fundamental del adulto. Nos adherimos a nuestra infancia por una cuestión de creencias. Es una veracidad fundada en la fe, y en lo que hemos decidido que son nuestras señas de identidad, aunque no sea comprobable ni menos aún demostrable. Lo paradójico de la infancia es que cuanto más difícil resulta recuperar lo vivido, más valor cobra en nuestro yo

adulto. No sabemos qué ni cómo pasó ni podemos recordarlo, pues la memoria patina, pero creemos en el valor iniciático de la nebulosa de lo recordado. La memoria se hace pedazos, los recuerdos flotan en una atmósfera intangible, pero esto no arruina el valor del recuerdo, al contrario le da ese temblor que impide fijarlo totalmente, y eso aumenta su crédito, siempre que no se convierta en un mero ejercicio retórico. Cuanto más se resiste a ser precisado, cuanto más frágil, incompleto o incierto, más valioso se hace ese fugaz atisbo del pasado infantil, más trascendental en su carácter enigmático.



Francisco García Pavón;

ilustración de ABC

Entre los cuentos de Pavón hay uno, perteneciente a *Cuentos republicanos*, “Yo tuve el ombligo frío”, que es un prodigio de acoso a un recuerdo que se resiste a ser recuperado por la memoria, y queda sin ser descifrado. El cuento es una mezcla de indagación y de ejercicio literario para intentar desentrañar y explicar, con escaso éxito, los restos de un hecho que no se alcanza a reconstruir. “Lo único que recordaba no lo podía decir, no se fueran a reír de mí. Solo me acordaba, y que esto quede entre nosotros, que tenía el ombligo frío...”. Este enigmático comienzo, misterio que se prolonga hasta el final, parece

ocultar pudorosamente un suceso desagradable de la infancia: “Sí, he decidido olvidar y sufrir en silencio, que un día llegará en que recuerde o entienda...”. Es decir el narrador se refugia en el riguroso punto de vista infantil y no incorpora la visión adulta. El recuerdo barrena la memoria del niño, pero ni este ni el lector llegan a comprender lo qué pasó. Es la prueba de los enigmáticos recuerdos infantiles y de la consiguiente dificultad del relato de infancia. Así perduran los miedos intangibles, los secretos sexuales o los sentimientos injustificados de culpa.

La mayor certeza del autobiógrafo, lo que galvaniza su atención, es la atracción del sexo y el conocimiento de la muerte. El sexo acompaña el aprendizaje de la vida. El hombre, ya desde niño, es para Pavón un ser para el placer y la muerte. Ambos aprendizajes vienen de la mano de las “chicas” de la casa familiar. Una sucesión de criadas, que son todas una y la misma, cumplen funciones iniciáticas en ambas esferas. Su función es descubrir el lado oculto de la vida que la familia, los tabúes y la religión preservan y ocultan cuidadosamente. En *Cuentos de mamá*, Ramona le lleva a ver el primer muerto, un primer muerto múltiple que reaparece de un libro a otro bajo diversas apariencias y nombres. La clave realista y fiable la debía dar *Ya no es ayer*, pero quién sabe. También en manos de las criadas están las primeras caricias que emocionan y turban por igual al niño. “Aquella mañana, Alicia, al quitarme el pijamilla, jugandillo jugandillo, me besó junto al ombligo con tanto labieteo, que aunque me molestó el roce frío de los cristales de las gafas, me hizo entresentir no sé qué galería de calinas y colores”. Al final, lo que queda de la infancia en la memoria del adulto es la morbosa atracción de la muerte, una mezcla de miedo y curiosidad por los muertos, sobre la que se superponen las intensas emociones del sexo, el principio del placer, reverso y complemento del principio de realidad.

Y perduran las fragancias, lo que en vocablo tomellosero Pavón denomina “la olismería”. No quisiera incurrir en la cursilada de que Pavón es el “Proust manchego”, pues nada más alejado de tal comparación, pero eso no impide destacar cuanta importancia tiene en sus remembranzas los olores y sabores, casi siempre ligados a una sensualidad embriagadora. Pavón, como buena parte de los autobiógrafos posteriores a *À la recherche du temps perdu*, es proustiano, en la medida que su relación con la realidad y su recuperación del tiempo pasado están filtrados por la vagorosa, compleja e interesada memoria y por la escritura. No es Pavón un costumbrista tampoco en los relatos autobiográficos, aunque a alguno, que no se parase a pensar, le pudiera parecer. Allí permanecen los olores dulces del horno de Marcelino, el picor penetrante del serrín y la resina del taller de carpintería del abuelo Luis, y el omnipresente de las bodegas y los alambiques: las vinazas, orujos, madres, tufos de vinagres y alcoholes, el caramelo del mosto. Olores y sabores prestigiosos que están contrapunteados por otros más rústicos e indómitos: “Otros olores en mi olismería de aquel mundo ido, era el de los cagones de mulas y borricos; de gallinazos de los corrales y, sobre todo, de las cagarrutas de las cabras que todas las tardes recorrían el pueblo con una pestecilla constante” (*Ya no es ayer*).

(Concluirá en la próxima entrega de LyN CLM)

Manuel Alberca Serrano, en

Clarín. Revista de nueva literatura, 139, Oviedo, enero-febrero 2019, pp. 9-14